

# El uso pastoral de la Palabra

para Nicoletta Gatti

## Introducción: La Palabra, corazón de la pastoral

¿Cómo puede la palabra de Cristo habitar en nosotros y entre nosotros, en nuestras comunidades? Es importante reconocer que el camino de la Iglesia católica hacia una pastoral auténticamente bíblica ha conocido etapas fundamentales en los últimos sesenta años. Desde la *Dei Verbum* (DV - 1965) hasta la *Interpretazione della Bibbia nella Chiesa* (IB - 1993) y la *Verbum Domini* (VD - 2010), desde la *Evangelii Gaudium* (EG - 2013) hasta la institución del Domingo de la Palabra con la *Aperuit Illis* (AI - 2019) y del ministerio del catequista con la *Antiquum Ministerium* (AM - 2021), el Magisterio ha reiterado continuamente que el anuncio de la Iglesia — tanto *ad intra* en la pastoral como *ad extra* en la evangelización — debe basarse en la Sagrada Escritura.

«No sólo la homilía debe alimentarse de la Palabra de Dios. Toda la evangelización está fundada sobre ella, escuchada, meditada, vivida, celebrada y testimoniada. Las Sagradas Escrituras son fuente de la evangelización. Por lo tanto, hace falta formarse continuamente en la escucha de la Palabra. La Iglesia no evangeliza si no se deja continuamente evangelizar. Es indispensable que la Palabra de Dios “sea cada vez más el corazón de toda actividad eclesial”» (EG 174).

Sin embargo, el hecho mismo de que este mensaje se repita continuamente indica que se trata de una meta aún lejana. En algunas realidades, el camino aún está en sus inicios: la pastoral bíblica se reduce a añadir algunos símbolos durante la liturgia del Domingo de la Palabra o a la producción de folletos para una semana dedicada a ella. En otras realidades, en cambio, esta conciencia ha generado iniciativas interesantes e innovadoras. Sin embargo, en todas partes, el desarrollo depende todavía demasiado de la sensibilidad del obispo o del presbítero de turno.

La pregunta que guía nuestra reflexión es, por tanto, la siguiente: ¿hasta qué punto es «bíblica» nuestra pastoral? Y, sobre todo: ¿cómo podemos redescubrir la relación vital con la Palabra de Dios que alimenta la fe y transforma la vida?

## Encontrar la Palabra: un diálogo que transforma

La Iglesia siempre ha venerado las Sagradas Escrituras como lo ha hecho con el propio Cuerpo del Señor. Esta afirmación de la *Dei Verbum* nos recuerda que entre la mesa de la Palabra y la mesa de la Eucaristía existe un vínculo profundo e indisoluble. La oración a través de la Palabra caracteriza la experiencia

judeocristiana de Dios desde sus orígenes. No se trata de una inmersión mística en el abismo del universo, no es simplemente un encuentro con el Dios que vive en nosotros, sino algo más: es el encuentro con un Dios que habla, que sale del silencio, que se hace diálogo.

La historia humana, desde la perspectiva bíblica, puede describirse como el lugar en el que Dios sale de su aislamiento y su silencio para hablar con el hombre. La Sagrada Escritura da testimonio de todo ello, caracterizándose como un terreno de encuentro y, a veces, de enfrentamiento, el espacio en el que Dios mantiene un intenso diálogo con la humanidad. Un diálogo a veces difícil y conflictivo —pensemos en las lamentaciones de Job, en los salmos imprecatorios, en las protestas de los profetas—, pero siempre reinventado y buscado. Dios se revela como el *Otro*, como el *Tú* que al revelarse revela, el *Tú* de la relación.

La oración humana, al expresar el deseo de entrar en este espacio sagrado, de acoger a Dios y de caminar hacia Él, no puede prescindir de la Escritura. Cualquier otro camino, cualquier posible ilusión, nos aleja de Aquel que ya ha hablado: «Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras a los padres por medio de los profetas en los tiempos antiguos, en estos últimos días nos ha hablado por medio del Hijo» (Hb 1,1-2).

El Hijo es la Palabra hecha carne, el Verbo que ha puesto su tienda entre nosotros. Rezar la Palabra significa, por tanto, entrar en este misterio de la encarnación: Dios que se hace cercano, que asume el lenguaje humano, que acepta los límites de la comunicación terrenal para alcanzarnos donde estamos.

### **Caminar con la Palabra: la Escritura como espacio de encuentro**

«El Texto debe resistir. Solo quien sabe aceptar sus silencios podrá escuchar su voz» (Fusco). Esta afirmación expresa bien el significado del diálogo *con* la Palabra: un camino lento, a veces incluso fatigoso, a dos. Una relación interpersonal hecha de silencios y palabras, de escucha y espera, de cercanía y alteridad. Es el encuentro con Aquel que se «hizo» Palabra escrita porque desea ardientemente ser acogido, meditado, «consumido» por el lector orante.

Por eso, encontrarse con la Escritura requiere tiempo, paciencia, perseverancia. No es un ejercicio que produzca frutos inmediatos. Como escribió Gregorio Magno con una imagen que atraviesa los siglos, las palabras divinas crecen con quien las lee: *quia divina eloquia cum legente crescunt*<sup>11</sup>. La Palabra no es un texto muerto que hay que analizar, sino un interlocutor vivo que se revela progresivamente a quien lo frecuenta con fidelidad.

### ***La Torá: diálogo de amor entre Dios y su pueblo***

En la tradición judía, el término *Torá* no significa simplemente «ley». La raíz hebrea evoca la idea de apuntar a un objetivo, de lanzar una flecha hacia el

---

<sup>11</sup> *Homiliae in Ezechielem*, I,VII,8 (CCL 142).

centro, de indicar una dirección. También tiene consonancias con la raíz del término «concebir», y por lo tanto puede evocar la idea de una existencia filial, moldeada según el sueño original del Creador.

La *Torá* es el amor humilde de un Dios que acepta reducirse, «encogerse», asumiendo la debilidad del lenguaje humano para convertirse en diálogo. La Palabra de Dios que se revela puede compararse con aquellos que la han recibido, la han transmitido y la siguen transmitiendo, en la relación maestro-discípulo. La *Torá* es amor que genera amor.

Una antigua enseñanza rabínica afirma: «Da vueltas y vueltas a la *Torá*, porque todo está en ella. Aunque solo un hombre se siente a ocuparse de la *Torá*, la presencia divina está con él».

Esta tradición nos ofrece una imagen poética y profunda de la relación con las Escrituras. La *Torá* se compara con una mujer amada que se asoma por la ventana de su casa. El enamorado, loco de amor por ella, mira atentamente a través de la reja, buscando en todas direcciones. Ella sabe que su amado insiste en frecuentar esa reja. ¿Y qué hace? Abre un poco la puerta de su habitación remota, revela por un momento su rostro al amado y enseguida lo vuelve a ocultar. El enamorado la ve y se siente atraído interiormente hacia ella con el corazón, con el alma, con todo su ser.

Así es la relación con la Palabra: una búsqueda apasionada, un deseo que crece en la espera, una revelación que se desvela poco a poco a quien persevera en el amor.

### ***Los Padres de la Iglesia: comer la Palabra***

Los Padres de la Iglesia desarrollaron una profunda espiritualidad de la Palabra, utilizando a menudo el lenguaje eucarístico para describir el encuentro con la Escritura. San Jerónimo escribía:

Comemos la Carne y bebemos la Sangre de Cristo en la Eucaristía y, de la misma manera, en la lectura de las Escrituras. Considero el Evangelio como el Cuerpo de Cristo: por eso busco a Cristo en los libros sagrados. En la lectura de la Palabra consumo a Cristo, Palabra partida por todos<sup>12</sup>.

San Gregorio de Nacianceno retoma la misma imagen: «Cuando abro con fe los Evangelios, consumo al Cordero Pascual»<sup>13</sup>. Y aún más, de la tradición patristica nos llega esta invitación:

Cuando abres los Textos Sagrados, comienzas un camino a dos: tú y el Espíritu. Grita: ¡Señor, ven! Y entonces, por el poder del Espíritu, Cristo vendrá. Solo podemos leer la Palabra corazón a corazón con Jesús: quien se acerca a la Palabra se sienta a la mesa de la Última Cena<sup>14</sup>.

---

<sup>12</sup> *Commentarium in Ecclesiasten* III, 12-13 (PL 23, 1039A).

<sup>13</sup> *Oratio 1, On Easter*, III-IV (PG 35, 396-401).

<sup>14</sup> Juan Crisostomo, *Homily*, 48 (PG 64, 462-466).

Estas imágenes —comer, consumir, nutrirse— nos dicen que la Palabra no es simplemente algo que hay que estudiar o comprender intelectualmente. La Palabra hay que asimilarla, hacerla propia, dejar que se convierta en parte de nosotros, como el alimento que comemos se convierte en nuestro cuerpo.

Orígenes desarrolla aún más esta espiritualidad con una imagen sugerente: «Cuanto más leéis, más crecéis. La lectura hará de vuestra alma una nueva arca de la alianza, que conserva en sí misma la firmeza eterna del uno y del otro Testamento»<sup>15</sup>.

### **Vivir en la Palabra: Convertirse en Evangelio**

Pero el camino no se detiene aquí. Después de haber encontrado *la* Palabra y haber caminado *con* ella, estamos llamados a vivir *en* la Palabra. ¿Qué significa esto? Significa permitir que la Palabra moldee nuestra humanidad, que nos transforme hasta convertirnos nosotros mismos en palabra viva de Dios para los demás.

Es la intuición de ser signo, presencia de Dios en el mundo, buena noticia, de una manera que solo Dios puede realizar. Por desgracia, rara vez experimentamos cómo la escucha y la meditación de las páginas bíblicas pueden convertirse realmente en «evangelio», es decir, en buena noticia capaz de liberarnos de toda idea irrealista, mezquina o triste sobre nosotros mismos y nuestro destino.

La Palabra pide encarnarse en nuestras palabras. Pide humildemente convertirse en un don mutuo entre nosotros. Las epístulas de San Pablo lo expresan con fuerza:

«Que la palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza» (Col 3,16).

«La palabra del Señor resuena por medio de vosotros» (1 Ts 1,8).

«Vosotros sois nuestra carta, escrita en nuestros corazones, conocida y leída por todos los hombres» (2 Cor 3,2).

La humanidad de hoy, incluso en su aparente rechazo de Dios, incluso en su indiferencia religiosa, clama inconscientemente la necesidad de ver, tocar, contemplar una Palabra hecha cercanía, futuro, confianza, roca, consistencia. Como escribe Juan en su primera carta: «Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado y que nuestras manos han tocado del Verbo de la vida... os lo anunciamos también a vosotros» (1 Jn 1,1-3).

La Palabra compartida nos capacita para vivir el ministerio profético. Ante las urgentes interpelaciones que provienen del mundo del trabajo, de las nuevas circunstancias en las que vive la familia, de la inquietante condición de los jóvenes, nuestras comunidades necesitan un entrenamiento constante en el

---

<sup>15</sup> *Homilia in Genesim* IX,1 (PG 12, 210-211).

confronto con la Palabra de Dios, para leer a su luz la concreta situación humana.

El grito del mundo es demasiado a menudo silenciado por muros amasados de indiferencia, capaces de transformar incluso los corazones en desierto. Nuestra misión, dondequiera que nos encontremos, es anunciar el «susurro» discreto del Señor que ya viene, ya obra, ya transforma. Como el brote que florece sin ser visto, así nuestro testimonio cotidiano hace florecer la esperanza. Somos enviados a ser «sembradores de esperanza» en un mundo aprisionado por la guerra, donde el estruendo de las armas parece sofocar todo diálogo. Mientras la violencia divide a los pueblos y el miedo cierra los corazones, juntos debemos dar testimonio de que otro mundo es posible: el mundo del Príncipe de la Paz que viene, es más, que ya está entre nosotros.

Como repiten las Escrituras, sabemos que el Señor vendrá, es más, viene a redimir nuestras fatigas, a transformar las espadas en arados, a hacer de nuestras heridas instrumentos de reconciliación. Viene como perdón que abre el futuro, como consuelo en el sufrimiento, como luz de resurrección que penetra en la oscuridad de la historia.

Permanecer en la Palabra nos transforma en prolongación de la humanidad de Cristo en el mundo. Por gracia, nos convertimos en esa Palabra que el mundo espera sin saberlo, ese susurro discreto que anuncia la paz posible.

### **Conclusión: Todo se cumple en ti**

La *Dei Verbum*, en el número 2, describe lo que podemos llamar la «teología de la oración cristiana»: Dios se revela y da al hombre el sentido de la vida y de su historia, a la luz del plan salvífico divino. Dios se «rebaja», se «encoge» para entrar en diálogo con el hombre, y este diálogo se actualiza en la oración.

En el número 5, el mismo documento nos recuerda que la oración se produce en el abandono de la fe, hecho posible por el don del Espíritu que vive en nosotros. La oración se convierte así en el lugar de la personalización de la relación del creyente, el lugar en el que la nueva alianza se convierte en experiencia personal.

Y en el número 21 encontramos la afirmación de que en la lectura de la Escritura se produce el mismo contacto con el Cuerpo de Cristo que se nos da en la Eucaristía. La Palabra es la encarnación continuada del Verbo.

Orígenes concluía sus homilías con una exhortación que aún hoy resuena con toda su fuerza: «No creáis que estos acontecimientos se han cumplido en el pasado: todo se cumple en vosotros».

La Palabra de Dios no es un recuerdo del pasado. Es un acontecimiento presente, es una gracia que ocurre hoy, es una transformación que opera ahora en quienes la acogen con fe. Cada vez que abrimos la Escritura, la historia de la salvación se hace presente. Cada vez que meditamos un texto bíblico, Dios nos

habla, hoy. Cada vez que dejamos que la Palabra moldee nuestra vida, nos convertimos nosotros mismos en anuncio vivo del Evangelio.

«Que la Palabra de Cristo habite entre vosotros en toda su riqueza»: no es solo un deseo, sino una vocación. La vocación de cada bautizado a convertirse en morada de la Palabra, para que la Palabra pueda llegar al mundo a través de nosotros.